

Motoquero de la India

Un ex hippie retirado en una isla de Nueva Zelanda, Steve Krzystyniak, organiza viajes en moto por las rutas de la India. Cómo es la travesía, y la particular historia de este inglés que convirtió en negocio turístico su espíritu adolescente.

POR SANTIAGO LÓPEZ MOLLO*

A penas pasan unos autos. Hoy es domingo y casi ninguno se detiene. Todos vienen con los asientos ocupados. Hijos, amigos, tablas de surf y perros no dejan lugar vacío. En 15 minutos, este lavacopas tiene que estar frente a una pileta repleta de platos y cacerolas. Mientras la preocupación va en aumento, el dedo pulgar a 90 sigue firme como estatua tratando de conmovir a algún conductor. El sudor comienza a correr la cara y los pensamientos se van hacia alguna de las playas de esta pequeña isla de Nueva Zelanda, Waiheke. De repente, ese sueño se ve frustrado. Una camioneta se detiene. No hay vuelta atrás. Hay que ir a trabajar.

Un hombre canoso de pelo largo es el chofer en esta ocasión. Puede dejarme a mitad de camino. El tiempo es mi enemigo y antes de pensar mi respuesta, ya estoy en el asiento del acompañante abrochando mi cinturón.

Mientras el auto comienza a marchar por la calle principal, surge la conversación. Mi acento y mi aspecto son diferentes a los de un kiwi, como llaman a los que nacieron aquí. Soy una novedad en esta isla de seis mil habitantes. Las preguntas típicas acerca de dónde soy, qué estoy

haciendo aquí y todos esos interrogantes que sirven para que el viaje sea un poco más agradable, se suceden una a una. Mientras, por las ventanas se ven playas y casas que parecen las de un barrio de alguna serie yankee, donde todo está limpio y reluciente. Le cuento que soy argentino, que estoy llevando a cabo un proyecto periodístico junto a dos colegas y que lavo copas en el bar más concurrido de toda la isla. Él comenta que es inglés, que vive aquí hace más de quince años y que se fue de su Inglaterra natal durante su adolescencia, pensando en viajar por unos meses que luego se transformaron en años.

El hombre llega al supermercado. Fin del camino, al menos del suyo. Sin embargo, el auto no se detiene. Dice que no hay problema, tiene tiempo para llevar a un lavacopas hasta su trabajo. Y de contarle que es el único hombre en todo el mundo que organiza viajes en moto a la India, uno de los países con más historia del mundo, una meca espiritual, turística, cultural. Un viaje.

A primera vista, Steve Krzystyniak es un hippie clásico: con sus 54 años sigue andando descalzo, usa el pelo largo, lleva tatuajes y viste ropa vieja. Pero detrás de esa primera imagen hay un profesional del turismo que "sin querer" se convirtió en un guía

exótico. "Mi pasión por los viajes se remonta a muchos años atrás, cuando tenía 17 y necesitaba hacer un gran viaje, ir a algún lugar que me alejara de mi rutina. Era muy chico y tenía ganas de hacer cosas por mi cuenta sin tener que darle explicaciones a nadie", relata. Hasta ese momento, no había salido nunca de SouthWoodford, en el oeste de Londres, Inglaterra. Un barrio donde en la década del 60 la mitad de los habitantes eran inmigrantes indios. "Me crié con muchos vecinos y amigos de India. Siempre me llamó la atención la unión que tenían entre ellos y la gran diferencia que había con mi familia. Quizás esa fue una de las cosas que me llevó a explorar ese país", cuenta este aventurero, intercalando en su inglés nativo algunas palabras en español.

"Un 18 de octubre de 1972, con 400 libras en el bolsillo me subí a un avión desde Londres con destino Delhi. Nunca me voy a olvidar de ese día. Nunca me voy a olvidar de las sensaciones que tuve recorriendo, por primera vez solo, el único país del mundo que podría ser el sexto continente", relata orgulloso Steve sobre su lugar por adopción.

En ese viaje conoció a varios hippies que elegían la India como un país para soñar con una vida diferente al resto. "Todos teníamos diferentes razones que nos llevaron a terminar en una

sociedad y cultura distinta a la nuestra, pero creo que había un denominador común: libertad", explica sobre su viaje incierto.

Una vez allí, se animó con un amigo a alquilar una moto para usar en Delhi. Con los días, los trayectos se hacían más extensos y en una semana ya estaba viajando hacia Bombay con una historia nueva para contar en cada parada. "Esos años sí que fueron de locura, era muy joven y como todo adolescente creía que no tenía límites. Pensábamos que todo lo que hacía meses estaba bien, pero por suerte nunca me pasó nada grave y hoy son todos recuerdos hermosos", suelta Steve sin dar muchos detalles.

Luego de esa travesía de cuatro meses, Steve decidió probar suerte en varios otros países: primero España, después Italia, Francia y Holanda. "Eran años en los que el corazón del hippismo

Dos ruedas. Krzystyniak aprovechó su experiencia j



latía muy fuerte a nivel mundial y yo vivía de país en país, de casa en casa. Siempre fumando y probando cosas nuevas, por eso no voy a dar muchos más detalles de mi primera época como viajero”, vuela a deslizar entre risas.

Viajando por Europa, Steve conoció a su actual esposa, Lily Guilford, de Nueva Zelanda. La vida matrimonial puso fin a los años de experimentación y trotamundos y juntos se fueron vivir a Waiheke, una isla ubicada a 30 minutos de ferry de la ciudad más importante del país, Auckland. Ese lugar fue el refugio por excelencia de los hippies neozelandeses en las décadas del 60, 70 y 80. “Una vez instalados en la isla, teníamos que trabajar para subsistir. La verdad es que nunca me gustó trabajar, ni depender de nadie. Por eso el primer objetivo fue, con nuestros ahorros,

comprar un terreno barato y comenzar a construir nuestra casa”.

Ese proceso le costó a Steve y a su esposa casi cinco años de trabajo. Durante ese tiempo la isla creció en popularidad y los valores inmobiliarios subieron desmedidamente. Así fue como una vez terminada la casa decidió venderla y con el dinero volver a viajar por la India, ese lugar mágico que había pisado muchísimos años atrás y al que por cuestiones de viajes, trabajos y relaciones personales nunca había podido volver.

La segunda visita fue el germen de los viajes que hoy organiza Steve: “Como para recordar algunas épocas pasadas, decidimos no contratar ninguna agencia de viajes. Alquilamos una moto, compramos una guía del viajero y arrancamos. Recorrimos casi toda la India en cinco meses y quedamos sorprendidos por la

hospitalidad de los locales. Siempre que necesitamos ayuda encontramos a alguien que nos dio una mano”.

Y recuerda una anécdota: “Recuerdo una vez que estábamos en un pueblo y conocimos a un hombre que se nos acercó a hablar en inglés. Invitó a todo el grupo a su casa a cenar. Lo increíble fue que la casa era un castillo en el medio del desierto y en la mesa tenía un tren eléctrico que nos acercaba la comida. Esto también es una muestra de las enormes diferencias que hay en el país, donde al lado de un castillo podés ver cómo la gente muere de hambre”.

De regreso en Nueva Zelanda Steve se puso un objetivo: “La gente muchas veces tiene miedo de viajar, sobre todo a continentes como Asia. Muchos temen al impacto cultural o simplemente se niegan a aceptar que existen costumbres diferentes. Mi meta era llevar a los jóvenes a conocer India y que experimentaran lo que me había tocado vivir a mí”, remarca.

La organización del primer viaje fue algo caótica: “No teníamos dinero para publicidad, y los breves avisos que hicimos no dieron resultado. El boca a boca tampoco parecía funcionar, así que decidimos contactar a la Radio Nacional de Nueva Zelanda, que es pública, y nos entrevistaron por algunos minutos. Allí pudimos contar la idea y en cuanto salimos del estudio tenía 24 mensajes en mi teléfono”, recuerda Steve. Llamativamente, ninguno de los interesados era menor de

35 años, y a medida que pasaban los días la organización y el objetivo del viaje iba gestando su forma. “Nos dimos cuenta de que los jóvenes podían organizar ese tipo de travesía por su cuenta, tal como lo había hecho yo en mis años de locura. Nos contactaron muchos adultos, que son quienes en general quieren tener todo solucionado”.

Hasta el primer viaje, Steve estaba confiado, ya que sabía por dónde pasear a sus primeros clientes y demostrarles que India era un gran país, interesante, inmenso, distinto, único y rico en culturas. “Todo esto se me desmoronó en cuanto pusimos un pie en Delhi. Estaba muerto de miedo. No entendía en qué me había metido, iba a pasear a un grupo de turistas por uno de los países con mayor densidad de población en el mundo. Me fui al lugar donde había alquilado las motos la última vez, pedí una para cada uno del grupo, respiré hondo y nos fuimos”, cuenta.

Ese fue el punto de partida, para que Steve, a comienzos de la década del 90, se convirtiera en un organizador de tours en moto por la India. Desde entonces y hasta el día de hoy lleva organizados 18 viajes (solo se viaja una o dos veces por año), más de 20 mil kilómetros recorridos y un total aproximado de 500 turistas privilegiados que pudieron vivir esta experiencia. “Como todo negocio que tiene buena repercusión, año tras año fui creciendo y adquiriendo mayor organización. Hoy tengo amigos por toda India que me conocen y confían en mí. Ellos me ayudan a

experiencia juvenil para organizar viajes en moto a la India.



mostrarles a quienes viajan conmigo cada uno de los aspectos de la vida en India, experiencias difíciles de encontrar para alguien que va por su cuenta. Además, tengo 10 motos Royal Enfield Bulle propias de la década del 50, guardadas en un galpón en Delhi para evitar alquilar cada vez que viajo”, cuenta Steve, el guía de este fascinante viaje que dura 25 días e incluye traslados, alojamientos y comidas.

Los viajeros llegan a Delhi, pero la travesía no comienza allí. “Para quienes visitan India por primera vez, esta ciudad puede ser demasiado caótica, por eso en cuanto

la ruta sigue por la reserva silvestre de Ranthambore, donde se pueden avistar algunos de los últimos tigres de bengala del mundo, y luego continúan los trayectos a través de los pueblos de Bundi, Bijaipur y Chittortgarh, repletos de fuertes y palacios. En la última parte del viaje, se recorren los tramos más largos: desde la zona más importante de la región, Udaipur, hasta la ciudad amurallada de Pushkar y una visita final por Delhi”. Steve asegura que a pesar de que los lugares que visitan no son muy frecuentados por turistas, la gente siempre los reciben con los brazos abiertos, y

de India es mucho más relajado que el norte. Hay playas, plantaciones de té y pueblos coloniales. Chennai, Mamallapuram Madurai, Vailangani y Cochin son algunas de las paradas obligadas”, dice Steve sobre estos lugares que “están perfumados con el más dulce aroma a cardamomo”. Al igual que en los viajes por el norte, el grupo de entre diez y quince personas recorre en veinte días más de 1300 kilómetros por rutas que “no siempre son de asfalto”.

De repente, la cara de Steve se transforma por unos instantes. Con la mirada pérdida entre los árboles que

error nuestro, pero como responsable del viaje, siempre sentí culpa”, relata Steve, que asegura que luego de aquel trágico episodio casi le pone punto final a sus viajes.

Pasados unos cuantos meses, Steve se sobrepuso a la tragedia y retomó su empresa aventurera. “No podía darme el lujo de no viajar más. Es mi pasión. Cuando viajás en moto sos una parte más de la naturaleza. Cuando atravesás los campos olés pasto, cuando cruzás pueblos reconocés cada uno de los olores, personas, animales y comidas. Sufrís el calor,



pisamos tierra nos vamos en micro a Bharatpur, un pequeño pueblo 190 kilómetros al sur, en la región de Rajastán, considerado uno de los polos más significativos de la cultura hindú”, señala Steve. Allí, el grupo recoge las motos y empieza la aventura.

Describe el guía: “Las excursiones de los primeros días son bastante tranquilas, para que cada uno se familiarice con su moto. Una vez que el grupo está más confiado, nos vamos para Agra, la ciudad donde se encuentra el Taj Majal, un ícono de la India. Entrada ya la segunda semana de viaje,

hasta los invitan a cenar o a dormir en sus casas, experiencias más que interesantes para los viajeros que desean alternar con algunas de las noches de hotel.

La región de Rajastán queda al noroeste del país y es “un microcosmos de historia, cultura y diversidad”. El viaje siempre se hace entre octubre y diciembre, cuando el calor y la humedad son, al menos, soportables. Entre enero y marzo el itinerario cambia y el norte es reemplazado por un viaje de costa a costa en el sur, a través de las regiones de Tamil Nadu y Kerala. “El sur



se dibujan por la ruta, se confiesa: “En 2003 veníamos todos juntos de Chennai y nos dirigíamos hacia un pequeño pueblo perdido en el medio de la nada. En uno de los trayectos por la ruta, de repente escucho una explosión. Cuando me di vuelta vi que una de las motos había pinchado una goma y que estaba perdiendo el equilibrio. En la moto iba una pareja de ingleses que habían venido para festejar su aniversario de bodas. La mujer murió en el acto y su esposo sufrió heridas graves. No me olvido más de la sensación que tuve en ese momento. No fue un

disfrutas de la brisa y te mojás con las lluvias. Sensaciones únicas que pocos se dan el gusto de vivir”, se entusiasma. Aparte de las motos, su otra pasión es la escritura: su experiencia lo llevó a colaborar con la más famosa guía de viajes, *Lonely Planet*, y además escribió un libro titulado *Las rutas de India*.

Como si hubiera leído en voz alta un cuento de aventuras, Steve finaliza la charla. El viaje terminó y es hora de lavar copas. ♦♦

* Integrante, junto a Martín Weisz y Diego Salamone, del Proyecto Kiwi: tres periodistas en viaje por Asia y Oceanía (www.proyectokiwi.com.ar).